La máquina no cotiza

Las pensiones de medio mundo se pagan con lo que se descuenta de cada nómina. La inteligencia artificial empieza a convertir nóminas en facturas de software. Y los países que presumen de récords de empleo son, precisamente, los peor preparados para lo que viene.

ANÁLISIS — Amador Luengo · 13 de noviembre de 2026

El 10 de noviembre, la presidenta de la Agencia Federal de Empleo de Alemania dio al diario *Handelsblatt* una previsión que recorrió Europa: en los próximos 15 años, la inteligencia artificial eliminará **unos 800.000 empleos** en el país. Y dijo cuáles. Servicios a empresas, puestos analíticos en bancos y aseguradoras. Oficinistas con buen sueldo. En la misma entrevista añadió que, por la demografía, Alemania pierde en términos netos **unos 500.000 trabajadores al año**, y pidió atraer cuanto antes mano de obra cualificada de fuera de la UE.

Casi todo el mundo se quedó con el titular de los 800.000. Conviene leer las dos frases juntas, porque juntas cuentan otra historia. Si las máquinas se quedan con los empleos buenos y la solución es sumar nóminas nuevas sin preguntar cuánto aportan, alguien tendrá que explicar quién va a pagar las pensiones. En Alemania. Y aquí.

La inteligencia artificial hace muchas cosas. Cotizar no es una de ellas.

DOS PAPELES SOBRE LA MESA

Pongamos dos documentos sobre la mesa. El primero es una nómina. En España, empresa y trabajador abonaron en 2025 **178.837 millones de euros** en cotizaciones sociales, aproximadamente un **30 % adicional** sobre el salario bruto, según el avance de Fedea recogido por ABC. En un sistema de reparto como el nuestro —y como el de casi toda Europa— ese dinero no se guarda en ninguna hucha: lo que se descuenta hoy a quien trabaja paga hoy a quien está jubilado. Incluso donde existen cuentas individuales, el dinero sale del mismo sitio: la nómina.

El segundo documento es la factura de una suscripción de software. Paga IVA. No cotiza. Detrás de esa línea no hay nadie dado de alta, así que no aporta un solo euro a las pensiones.

Durante décadas la diferencia daba igual, porque las máquinas ayudaban a las personas, no se sentaban en su silla. Lo que cambia ahora es que una parte creciente del trabajo de oficina —análisis, redacción, atención al cliente— puede pasar del primer papel al segundo. La tarea se sigue haciendo, a veces mejor. Para la empresa es un ahorro. Para la caja de las pensiones es un grifo que se cierra.

Todo el edificio descansa sobre una premisa que durante más de un siglo pareció obvia: que casi toda la riqueza de un país pasa, tarde o temprano, por el bolsillo de alguien que cobra un salario. ¿Y si deja de pasar por ahí?

CUANDO LA RIQUEZA CRECÍA Y LOS SALARIOS NO

Ya ocurrió una vez. El historiador económico Robert Allen, de Oxford, bautizó como «la pausa de Engels» el periodo de la Revolución Industrial británica en el que la producción por trabajador subió con fuerza mientras los salarios reales apenas se movían: entre 1780 y 1840, la producción por trabajador aumentó un **46 %** y los salarios reales solo un **12 %**. Los sueldos acabaron subiendo, y mucho, pero tardaron cerca de medio siglo. Medio siglo es una vida laboral entera.

Nadie sabe si la IA provocará algo parecido. Hay economistas serios que esperan empleos nuevos y mejores sueldos, y otros igual de serios que prevén que los salarios pesen cada vez menos en la renta nacional. La propia previsión alemana dice que surgirán tantos empleos como desaparezcan. Ojalá. Pero la pregunta no es si habrá trabajo. Es de dónde saldrá la recaudación. Un sistema que vive de las nóminas no aguanta ni la versión suave del peor escenario: si la economía crece y la masa salarial no la acompaña, el país parece más

rico en las estadísticas y la caja de las pensiones no ingresa un euro más.

La nómina se paga donde vive el trabajador. La factura de la IA casi siempre llega de otro país.

PERDER DOS VECES

Los grandes modelos se desarrollan sobre todo en Estados Unidos y China, corren en centros de datos de un puñado de compañías y dejan sus beneficios donde esas compañías deciden tributar. Para un país que solo compra la tecnología, eso significa perder dos veces: pierde las cotizaciones de los empleos que desaparecen y tampoco cobra sobre el beneficio que los sustituye, porque aparece en las cuentas de una empresa extranjera.

Es como cerrar la panadería del barrio para pedir el pan por internet a una fábrica de otro continente. El pan llega. Pero el panadero ya no paga impuestos en nuestra calle, y la fábrica nunca los pagó.

CRECER A LO ANCHO

Con un riesgo así, lo sensato sería que cada hora trabajada valiera más. España lleva años haciendo lo contrario. Creció un **2,8 %** en 2025, según el INE, el doble que la zona euro. Pero una economía puede crecer a lo alto —cada trabajador produce más y puede cobrar más— o a lo ancho, simplemente con más gente trabajando. Ambas cosas suben el PIB; los salarios solo suben con la primera.

BBVA Research miró dentro de las cifras y el diagnóstico no invita a presumir: el crecimiento es «más extensivo que intensivo». En el cuarto trimestre de 2025, el PIB per cápita estaba **5,6 puntos** por encima del nivel prepandemia, pero el PIB por ocupado seguía prácticamente estancado, **tres décimas por debajo** de 2019.

En octubre de 2026, la Seguridad Social registró **22.624.165 afiliados** de media, máximo histórico, y **3.699.878 trabajadores extranjeros**, el 16,4 % del total, según el Ministerio de Inclusión. Buena parte del empleo llega de un turismo que en 2025 generó el **13 % del PIB**, su máximo según Exceltur: mucho trabajo, rápido, de poco valor por hora. Mientras tanto, la inversión en I+D, la que permite crecer a lo alto, se quedó en el **1,50 % del PIB** en 2024 (INE), frente al **2,26 %** de la media de la UE (Eurostat).

RÉCORD DE AFILIADOS, RÉCORD DE AGUJERO

El modelo tiene una ventaja para quien gobierna, sea del color que sea: funciona al instante. Más gente trabajando, más cotizantes, la recaudación sube y el problema parece resuelto. Lo que no se dice es que cada cotizante nuevo con un salario bajo aporta poco hoy y adquiere derecho a una pensión mañana. Entra dinero hoy a cambio de una deuda a treinta años.

Los números lo delatan. Según Fedea, el Estado tuvo que transferir **61.342 millones de euros** a la Seguridad Social en 2025, con la afiliación en máximos. Sin esas transferencias, el déficit del sistema rondaría los **69.800 millones**; desde 2012, los ingresos propios ya no bastan para cubrir ni siquiera las prestaciones contributivas, y las transferencias del Estado se acercan a los **4 puntos del PIB**.

Y ahora llega la nómina que se convierte en factura. Bares, hoteles y obras son trabajo físico que la IA apenas toca. Los expuestos están en oficinas, administración, banca, consultoría, programación y servicios jurídicos: los mismos que señala la previsión alemana. Son los sueldos medios y altos. Los que más cotizan. El bucle es feo: un país que ha crecido a lo ancho llega a este momento con muchos salarios bajos que aportan poco y un grupo menor de buenos salarios que sostiene la media. Si la tecnología se come ese segundo grupo, perdemos por arriba lo que ganamos por abajo.

¿Cuánto trabajo ha pasado ya de nómina a factura? ¿Quién lo está midiendo? ¿Qué ministerio tiene ese dato sobre la mesa? ¿Por qué celebramos cada récord de afiliación sin preguntar cuánto cotiza cada alta nueva?

NO ES SOLO ESPAÑA

Italia lleva más tiempo en el mismo camino: según la OCDE, fue el único país europeo de la organización cuyo salario medio real cayó entre 1990 y 2020, un **2,9 %**, mientras en Alemania y Francia subía en torno a un 30 %. Canadá eligió crecer a lo ancho con los ojos abiertos: su población aumentó un **3,2 %** en 2023 y el National Bank of Canada describió la caída del PIB real per cápita como algo inédito fuera de una recesión. Después recortó sus objetivos de inmigración.

En América Latina el problema tiene otra forma, porque la base nunca llegó a ser ancha. Según el BID, solo el **46 %** de los trabajadores de la región tiene un empleo formal con seguridad social. En México, la informalidad alcanza el **52,4 %** de los ocupados, según la OIT. Pocas nóminas sostienen el sistema, y la factura de la IA llega íntegra de fuera.

LAS SALIDAS Y SU PEAJE

Circulan cuatro ideas, y todas cobran peaje. Gravar menos el trabajo y más el capital suena bien, hasta que recordamos que el capital hace las maletas en una tarde y el trabajador no. Apoyarse en el IVA tiene la ventaja de gravar también lo que viene de fuera, pero lo paga igual quien no llega a fin de mes que quien no mira los precios. Gravar a los robots vuelve cada cierto tiempo: una persona cuesta cada mes; una máquina se deduce como gasto. El problema es definir qué es un robot cuando el robot es una pestaña dentro de un programa. Y financiar las pensiones con impuestos generales funciona, pero la pensión deja de ser lo que uno cotizó y pasa a ser lo que el Gobierno de turno pueda encajar en el presupuesto.

Algunos países decidieron cuando aún podían elegir. Suecia rediseñó su sistema en los noventa: cada trabajador aporta un **18,5 %** de su salario y existe un freno automático que ajusta las pensiones si lo que hay que pagar supera lo que entra, sin que ningún Gobierno tenga que votarlo. Se activó tras la crisis de 2008 y dolió: recortes reales en 2010 y 2011. Dinamarca ligó la edad de jubilación a la esperanza de vida y en mayo de 2025 su Parlamento aprobó, por **81 votos contra 21**, que los nacidos después de 1970 se jubilen a los 70 a partir de 2040. Corea del Sur eligió cambiar lo que produce: tiene **1.220 robots industriales** por cada 10.000 empleados de la industria, frente a 449 en Alemania (Federación Internacional de Robótica, datos de 2024), y aspira a tener sus propios modelos de IA. A estar en el lado que cobra.

Ninguno lo ha resuelto. Pero todos se hicieron la pregunta.

LA FACTURA TIENE DESTINATARIO

La receta que se aplica en medio mundo resuelve el mes a quien manda. Mientras llegan cotizantes, la caja se llena y nadie tiene que explicar nada. El que gobierna presume de récords, el que aspira a gobernar promete lo mismo, las empresas cambian nóminas por facturas porque sale más barato, y las tecnológicas que cobran esas facturas tributan donde les conviene, que casi nunca es donde se perdieron los empleos.

¿Es casualidad que nadie mida cuánto empleo se ha convertido ya en factura? ¿O es que el dato incomoda a todos por igual? La factura tiene destinatario: quienes hoy tienen 40, 50 o 55 años, que cobrarán una pensión menor, y sus hijos, que pagarán con impuestos lo que las cotizaciones ya no cubran.

Solo hay una salida que no consiste en repartir la escasez: una economía más productiva, que pague más por hora y deje de depender del número bruto de afiliados. Quien aplaude cada récord mensual no pregunta. Y quien no pregunta, firma.

La máquina no cotiza. Alguien debería decirnos cómo piensa pagarlo.

Fuentes: *Handelsblatt* (10 de noviembre de 2026) y Deutschlandfunk (previsión de la Agencia Federal de Empleo alemana); Fedea, *Las cuentas de la Seguridad Social Ampliada. Series 2005-2025* (enero de 2026), recogido por ABC y Europa Press; Robert C. Allen, «Engels' pause», Universidad de Oxford; INE, Contabilidad Nacional Trimestral (4T 2025) y Estadística sobre Actividades de I+D 2024; BBVA Research, «Del boom del empleo al salto necesario en productividad»; Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, afiliación de octubre de 2026 (4 de noviembre de 2026); Exceltur, balance turístico de 2025; Eurostat, *R&D expenditure* (2024); OCDE, salarios medios reales, vía Openpolis; National Bank of Canada; BID; OIT, vía Infobae (julio de 2026); Pensionsmyndigheten (Suecia); Folketinget, ley L 149 (Dinamarca, 2025); Federación Internacional de Robótica, *World Robotics*.